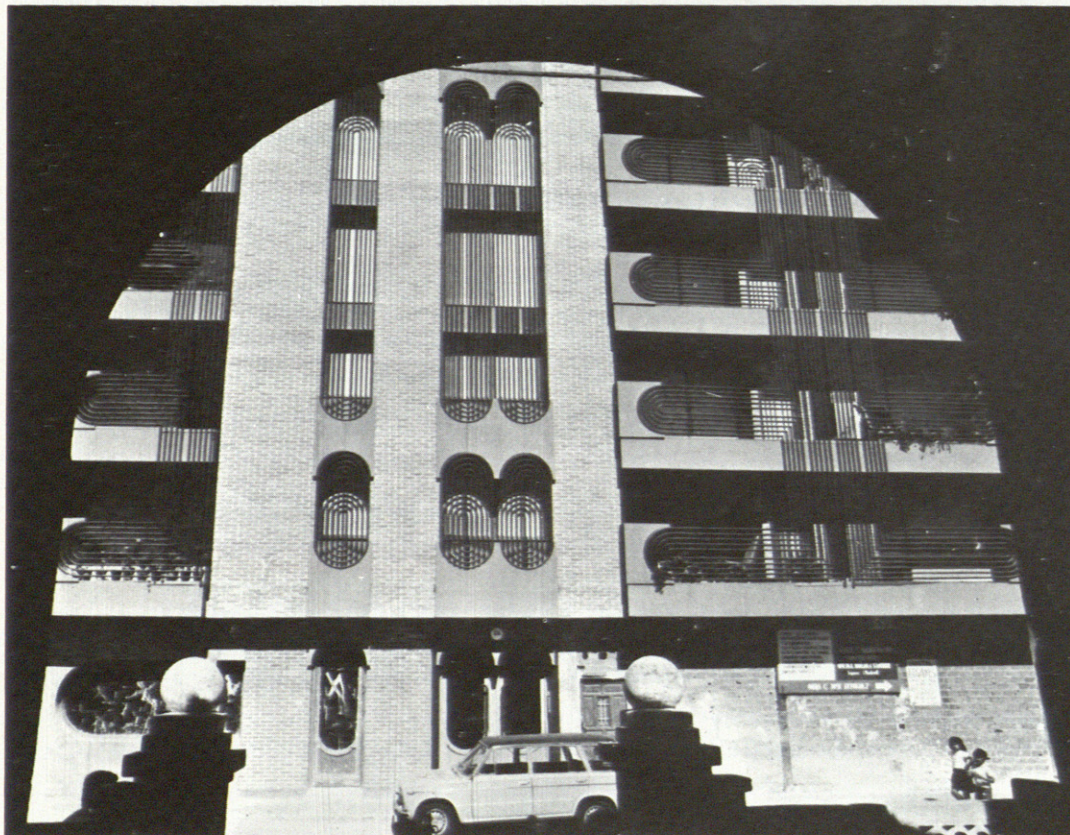


ANDRÉS GARCÍA QUIJADA



Edificio "Liborio"
en Leganés



CARTA EN LA MUERTE DE UN AMIGO

Andrés:

Qué difícil te está resultando marchar.

Tu falta no estaba prevista, ni proyectada y no has conseguido hacerla. La razón es la misma, la de todos vosotros, los que naceis y vivís sonriendo, repartiendo en las cosas, los árboles y los hijos. Los que desconocéis el cansancio, la enemistad, los insultos, los problemas mezquinos que sujetan al hombre a los años y a la vida. Y aquí estás, sin quererlo, presente en cada una de tus casas, en cada una de tus obras; en cada uno de los amigos —tantos— que cuando te nombran, se esfuerzan por no llorar.

No necesitabas mucho para crear: ni de libros, ni de tecnologías, ni de entornos burocráticos especiales.

Tu obra tenía sombras: "muy romántica" —ignoraron los estudiosos que la arquitectura no es funcional, porque solamente sirva para

habitar: estar, comer, dormir. Hubo muchos que no supieron comprenderte y otros muchos que sí lo hicieron: esos que por su cariño siguen sin admitir tu muerte. Y que no te perdonan, tu marcha: tu única —absolutamente única— mala pasada. Unos y aquellos, todos testigos de los acontecimientos de siempre, pequeños y pobres de los que tú y tus maneras, estabais por encima.

Tu línea de arquitecto nos queda sin definir. A pesar de ello, cada una de tus obras tenía un sello de tí. Todas las formas, las más variadas, las más importantes, las otras, las que suenan a floritura. Todas, a pesar de su diversidad, tenían un algo en común: personalidad: "Aquel detalle de balcón es de Andrés. Se nota".

Es posible que tu diseño resultara incompleto. A todos los genios les cuesta trabajo terminar sus obras, porque ellos saben mejor que nadie que lo acabado resulta casi siempre pobre y limitado. Lo fragmentario, es elocuente y puede ser increíblemente bello. Tu arquitectura está llena de fragmentos, de partes bellas —a veces funcionales— que son difíciles de valorar categóricamente.

Hablamos mucho tu y yo de la necesidad de proyectar **contra el hombre**. Decíamos que alguien nacido en esa isla clara —la ordenación perfecta— estaría siempre obligado a vivir en ella, porque el abandonarla podría suponer su muerte. A un perro o a un niño criados en la apacibilidad de un ambiente rural —o en algunas de esas ordenaciones soñadas en

papel— le costaría sobrevivir en contacto con la realidad hostil y asfaltada de una ciudad cualquiera.

Sí, Andres: No tuviste prisa. Todo lo que hiciste —podías haber hecho— resultó tan sólo el comienzo prometedor de una vida singular.

Tu genio era humilde como tu forma de ser o tu ambiente —querías al pueblo más que nada, a las cosas y a los hechos del pueblo. Por eso te gustaba más escuchar y preguntar que responder. Como los niños: "Has visto aquello?". Te gustaba mirar y admirar lo de los otros, antiguo y moderno. Y cuando respondías lo hacías casi únicamente en el silencio de un papel blanco, vacío de comodidades, de útiles, de facilidades y sobre todo de libros consultadores.

Tu humildad era compacta. Desde dentro hacia fuera —alma y cuerpo— desde el principio hasta el final de todo lo que hacías. Las casas fueron humildes. Nunca ascendiste más que de soslayo —ganaste un premio en el concurso para Universidades Autónomas de Madrid y Barcelona, o ilustraste una guía poética en Italia o saliste en las revistas del mundo con la "Casa Picos"— a la lista de los figurones en la materia. Confiabas, además, en tu juventud; "para hacer hay tiempo" creías. Hubo y hay muchos como tú, legión de genios humildes que no han sabido o no han querido exhibir sus realidades —posibilidades— en la cáscara de la figuración social. Por humildad y calma: "Lo que sobra es tiempo para llegar".

Por tu simpatía. Los compañeros de escuela

necesitaban de ti para alegrar su tertulia, con la alegría de tu ingenio. Los que aquél día, Ramiro, Jacinto, Rafael —hombres hechos— de rodillas —niños— no querían que aquellas gentes oscuras se llevaran tu sueño bajo la tierra. Allí —a dos kilómetros recalentados del pueblo— donde vive todavía blanca la capilla que tu y yo proyectamos.

Qué difícil has hecho tu marcha.

"Y Andrés nos decía, no os ocupéis de mí, ocuparos de los que queden. No, no son los muertos los que se quedan solos, como vamos a estar solos con la de cosas que hay que hacer antes de morir".

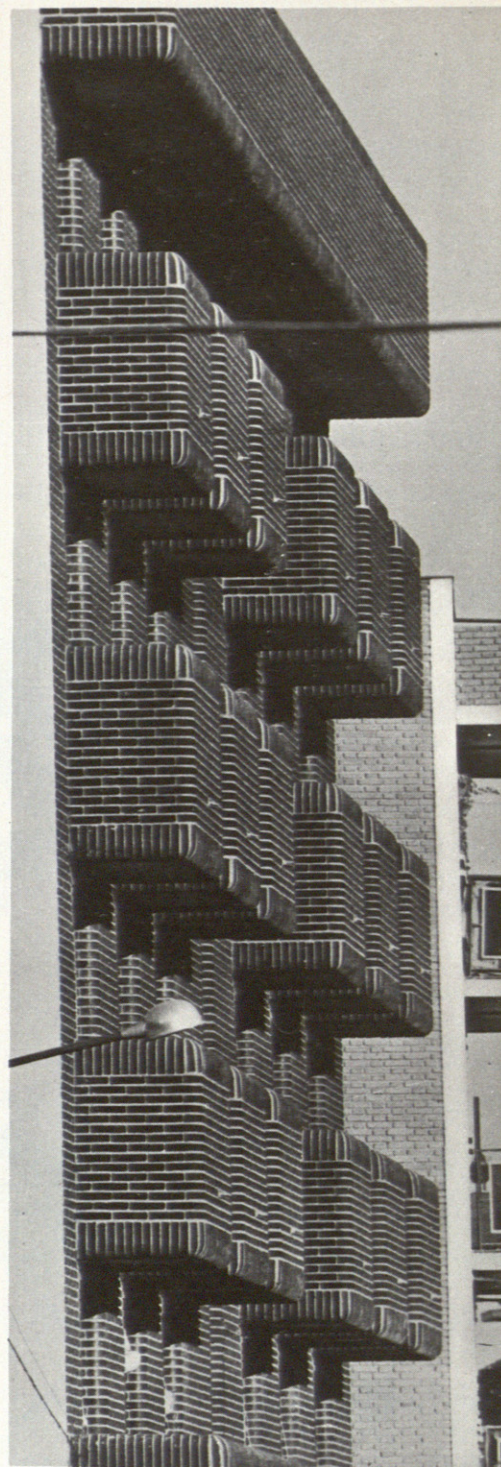
Terminó Andrés: he escrito yo; y pienso que esto ha sido casual o gratuito. Otros podían haber dicho lo que a mí me tocó decir. Luis, Paco, Ocejo, Juan; Angel, desde la infancia, Lino, Carlos, Antonio, Rafael, Manolo, Miguel, Jacinto, Ramiro, Carlos, Félix, Jesús Miguel; Sole, Emilio, Elena, Camino...

Gracias a todo eso que has supuesto para todos los que te conocían, me esfuerzo en creer que no conseguirás tu propósito: que nunca el silencio recuperará el derecho de tus casas. Y con esa condición espero. A que el juego termine. A que otra vez —puede ser que también lejos— reciba otro telegrama que lo corrobore todo y que diga casi lo mismo: "Ven urgente, Andrés tu amigo, no ha muerto".

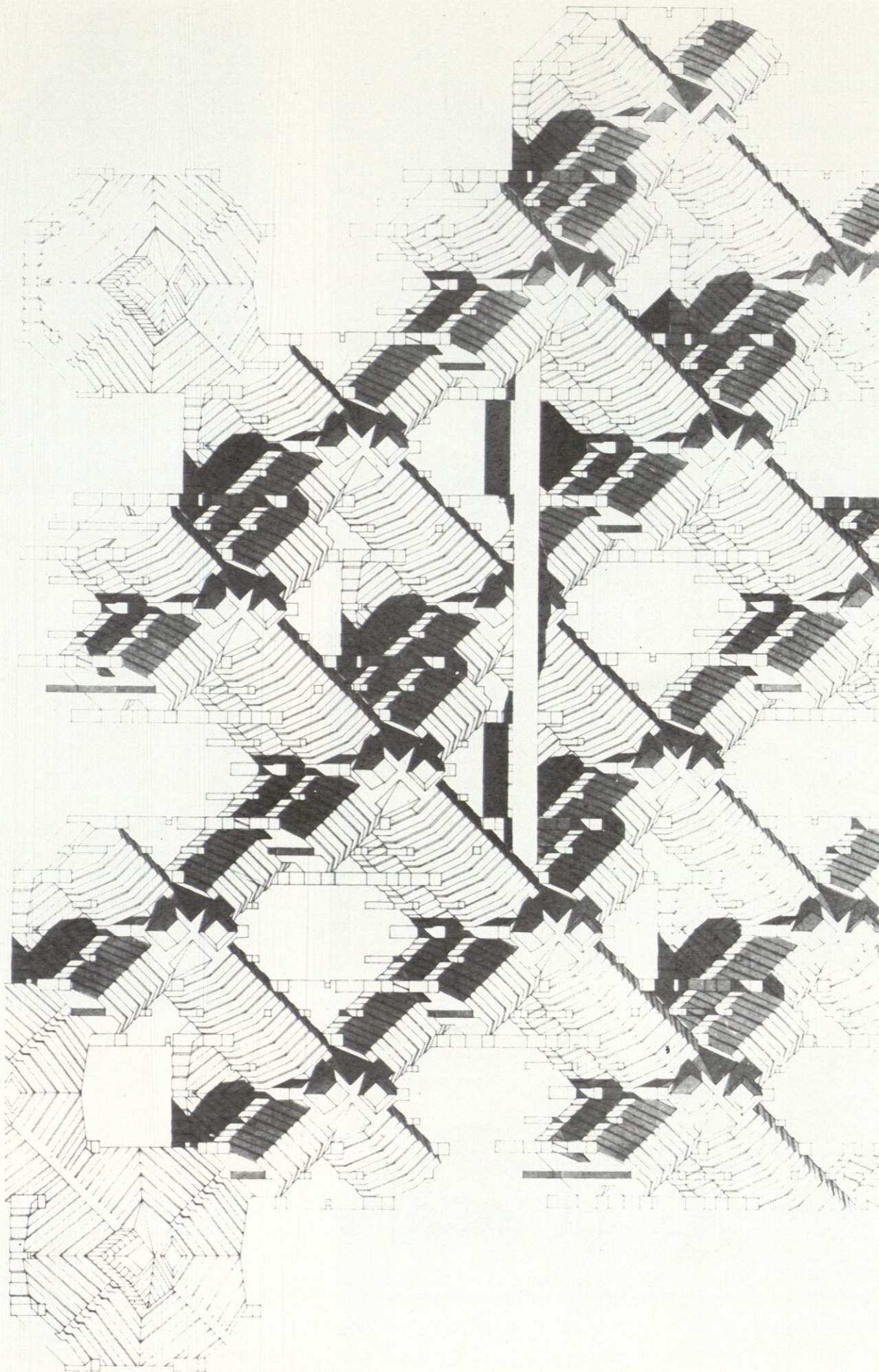
Alberto MUÑIZ SANCHEZ.

Edificio "Picos" en León. Arquitectos: García Quijada De Prada Poole y Muñiz Sánchez

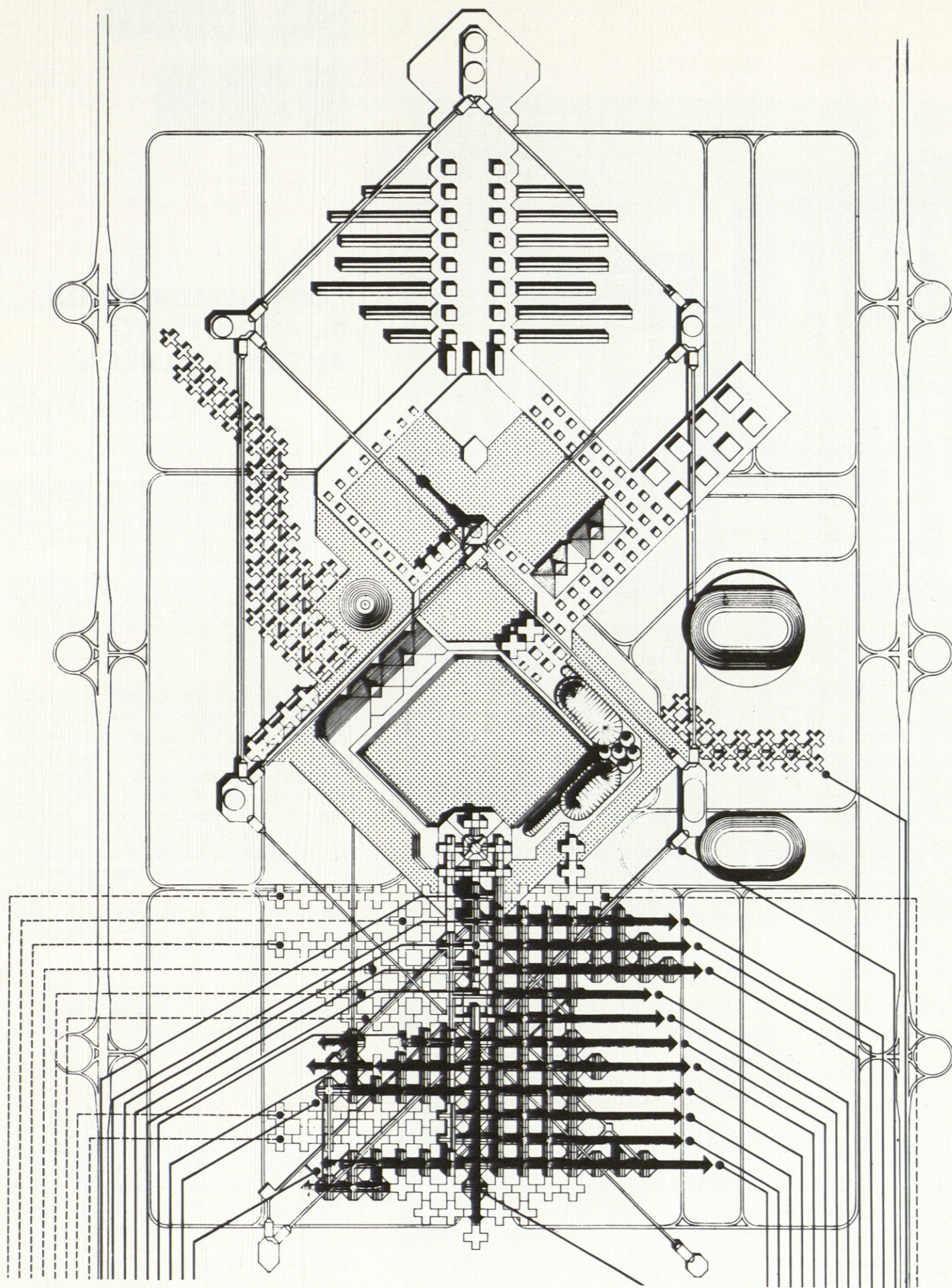




Tres obras de
García Quijada en
Colaboración con
Prada Poole y
Muñiz Sánchez:
Edificio "Picos" León
Conjunto "Las Torres"
Leganés, y Edificio
"Yrigoyen" Leganés.



García Quijada: Proyecto para el
Concurso Internacional de Sistematización
de la Universidad de Florencia (Italia).



Joaquín García Quijada
Concurso Internacional para la Universidad
de Florencia. Planta.